

Esas calle, ese departamento y esa ventana...

Por Jaime Guzmán

Cuando hace algunos días el martillo del remate cayó sobre los bienes del departamento de don Jorge Alessandri, experimenté la sensación indescriptible de ver terminarse el entorno inseparable del hombre excepcional que lo tuvo como morada durante medio siglo.

En lo más personal, se agolparon en mi mente innumerables tardes de largas conversaciones, en que comentábamos semanalmente con don Jorge la actualidad, siempre iluminada con sus juicios originales, vigorosos e independientes, fruto de su notable combinación de talento y de experiencia histórica, que jamás he visto ni remotamente igualada.

Franquear la puerta de ese sombrío departamento era comprobar cómo el mejor gusto armonizaba con la más severa austeridad. Allí se recibía el afecto cálido de un hombre aparentemente adusto y se obtenía la seguridad serena que transmite quien es capaz de mantenerse con la solidez imperturbable de la roca, frente a la agitación sin rumbo de las olas que arrastran a la gran mayoría de los seres humanos. Representaba y transmitía la garantía de lo que permanece siempre igual.

Pero el final a que aludo fue también el de un lugar señero de nuestra historia patria.

La calle Phillips fue la calle de los Alessandri. Allí residieron simultáneamente, en distintos departamentos, don Arturo Alessandri Palma y sus hijos don Jorge, don Fernando, la señora Marta y la señora Ester, esta última "la mujer fuerte" que, junto a ese ser humano de selección que fue don Arturo Matte, constituyó el hogar aglutinante de toda la familia.

Entre los cuatro hombres mencionados sumaron siete candidaturas presidenciales y tres Presidencias de la República. ¿Hará falta algo



más para graficar que esa calle y esa familia fueron centro o eje de nuestro devenir político en este siglo?

Asimismo, nada simbolizó más a don Jorge como lugar cívico que esa ventana de su departamento, que se abrió para saludar a sus partidarios que copamos la Plaza de Armas el 3 de noviembre de 1964. Ocurría el hecho inédito en la historia de Chile de que un gobernante terminaba su período constitucional con una popularidad muy superior a la que tuvo al iniciarlo. Una multitud incalculable de chilenos lo acompañó desde el Congreso Nacional hasta su residencia, trayecto que él realizó a pie -cual simple ciudadano-, luego de entregar a su sucesor las insignias del Mando Supremo.

Desde 1966 todos los 3 de noviembre -sin publicidad alguna- el alessandriismo se hizo masivamente presente en la Plaza de Armas, reclamando que don Jorge aceptara volver a ser candidato presidencial en 1970. Su sola aparición y saludo silencioso, desde esa misma ventana, nos bastaban para seguir empeñados en demostrarle que así como en 1958 él se había dirigido a los chilenos bajo el lema de "A usted lo necesito", en 1970 era ahora el pueblo quien necesitaba dramáticamente a don Jorge.

La conjura democratacristiano-marxista, la ruindad de una prensa infame y el fraude electoral que le arrebató el triunfo en 1970, no fueron suficientes para eclipsar su figura.

Aquietadas muchas pasiones, el pensamiento político y el testimonio moral de don Jorge continúan agigantándose en la conciencia de Chile. El ha muerto. Su entorno físico ha desaparecido. Pero la semilla de su obra está aún en plena germinación. Desarrollarla es algo que los alessandristas asumimos como un deber ante la historia.